PROJECT MUSE®

Espectáculos parateatrales en las entradas de virreyes en la Nueva España: El caso del Conde de Paredes (1699)

Judith Farré

Bulletin of the Comediantes, Volume 58, Number 1, 2006, pp. 73-87
(Article)

Published by Bulletin of the Comediantes
DOI: 10.1353/boc.2006.0008

➔ For additional information about this article
<http://muse.jhu.edu/journals/boc/summary/v058/58.1.farre.html>

ESPECTÁCULOS PARATEATRALES EN LAS ENTRADAS DE VIRREYES EN LA NUEVA ESPAÑA: EL CASO DEL CONDE DE PAREDES (1680)

JUDITH FARRÉ
Tecnológico de Monterrey

La toma de posesión en el cargo de virrey representaba para la Nueva España una de las ocasiones festivas fundamentales en el calendario de celebraciones ocasionales de carácter civil.* Bajo dicha circunstancia surge todo un ritual festivo de ostentación y legitimación del poder de la metrópoli que, caracterizado por una serie de códigos, tópicos y estrategias recurrentes, apela a la ocupación espectacular del espacio público mediante un complejo programa iconográfico. Vinculados a todos los aspectos que integran el ritual oficial de la celebración, cuyo fin panegírico apela a la espectacularidad contemplativa del público asistente, existe otra serie de episodios que se sustentan en su espectacularidad participativa. Nos referimos, en concreto, tanto al papel activo que desempeñan los nobles que integran el cortejo-procesión,¹ como a la intervención de los indios y mestizos que participan en corridas de toros. Bajo un prisma envolvente y de acuerdo a un principio de protagonismo colectivo, la fiesta consigue integrar a todos los estamentos y concederles su propio espacio en la celebración de acuerdo a la clase social que representan. La primera vía de participación se refiere a la nobleza que, gracias a su presencia en el cortejo de procesión festiva, puede exhibir ante los estratos más populares su status de clase. Los parámetros para su lucimiento y distinción se fundan en la riqueza del vestuario, así como en la destreza en los

juegos de cañas y el paseo a caballo. Por otro lado y de forma complementaria, la segunda forma de exhibición es la que protagonizan las clases más bajas, en el caso novohispano los indios y mestizos, mediante su participación en las corridas de toros. Los factores sobre los que se certifica su contribución al espectáculo son el valor y la fuerza, aptitudes necesarias para el toreo a pie. Fruto de dicha complementariedad es que, durante algún tiempo, las corridas de toros se asociaron a los juegos de cañas. Tal y como señala Pilar Gonzalbo Aizpuru,

La participación en aquellos torneos en los que las lanzas se habían convertido en cañas era privilegio y responsabilidad de la nobleza que en aquella reminiscencia medieval, alarde de ostentación cortesana, encontraba una justificación de su ociosidad y prestigio. Estos torneos, muy frecuentes a lo largo del siglo XVI, fueron quedando al margen de los programas festivos [...].

En cambio la afición a los toros se popularizó hasta tal punto de que no sólo participaba el público como espectador sino que mientras los caballeros procuraban eludir el compromiso de alancear toros a caballo, los indios y mestizos se lanzaban al ruedo y adoptaban en la Nueva España la costumbre del toreo a pie, que también se imponía en la metrópoli. (41-42)

Puede decirse que este tipo de fiestas se concibe bajo un principio aglutinante en el que según una rigurosa etiqueta áulica, el auditorio desempeña una determinada implicación participativa en momentos concretos de la fiesta en función del grupo social al que pertenezca.²

Bajo la premisa de que la fiesta es un espectáculo público en el que cada clase social desempeña un determinado papel, trataremos la toma de posesión en el cargo de D. Tomás Antonio de la Cerda, Enríquez y Afán de Rivera, XI Conde consorte de Paredes y III Marqués de la Laguna, como virrey de la Nueva España; cargo que desempeñó del 7 de noviembre de 1680 hasta el 16 de noviembre de 1686. El 30 de octubre de 1680, tras haberle sido entregado el simbólico bastón de mando en Otumba de manos de su antecesor, Fray Payo Enríquez de Rivera, el nuevo virrey en el cargo entró en Guadalupe, en compañía de su esposa, María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, para trasladarse por la tarde a Chapultepec.³ El bachiller Juan Antonio Ramírez Santibáñez escribió una rela-

ción sobre los fastos que rodearon la entrada del nuevo virrey en la ciudad de México y las ceremonias acaecidas en torno a su toma de poder: *Pierica narración de la plausible pompa... (1680)*.⁴ De dicha relación podemos extraer datos significativos acerca de los elementos parateatrales que rodeaban este tipo de festividades en la Nueva España y, en concreto, del papel desempeñado por indios y mestizos en las corridas de toros que acompañaban este tipo de celebraciones. Para dicha *entrada solemne*, la catedral reclamó la intervención de Sor Juana Inés de la Cruz, quien en su *Neptuno alegórico* trazó la equiparación básica entre Neptuno y el virrey, mientras que el ayuntamiento optó por Carlos de Sigüenza y Góngora que, en su *Teatro de virtudes políticas* (1680),⁵ tomó como referente simbólico del panegírico a los dioses aztecas.⁶

Antes de pasar a la descripción de la fiesta propiamente dicha, como nos la cuenta Ramírez Santibáñez, cabe decir que el protocolo de bienvenida marcaba que, de entrada, cuando la flota entraba en la sonda de Campeche, se adelantase una barca de aviso para traer la noticia de la próxima e inminente llegada del virrey, donde un gentilhombre llevaba consigo los pliegos del nombramiento. Tan pronto éste llegaba a Veracruz, el virrey en el cargo era avisado y la noticia se difundía de forma muy solemne. Los repiques de campana empezaban a preparar el recibimiento a cargo de la Audiencia, el Ayuntamiento y el Cabildo eclesiástico. En el camino hasta México, la comitiva se detenía en todas las poblaciones de tránsito, donde salían a recibirlo las autoridades y se organizaban diferentes actos festivos. Una comitiva con cuatro batidores y dos correos iba delante. La relación de Ramírez Santibáñez nos detalla al respecto que

De septiembre a diecinueve
entró el correo galante
de la flota y entró breve,
porque aún no había el Dios brillante
dejado el lecho de nieve,
con que la volante fama
que a la ciudad alborota
y al nuevo Virrey aclama,
con las nuevas de la flota
a Apolo cogió en la cama.
Mas después con alegría
en la matriz dulce salva

se oyó cuando amanecía,
[.....]
que al puerto había ya llegado
la flota con Excelencia.
De todos bien recibida
fue la nueva y era justo,
pues la Rivera movida
de la Laguna su gusto
dijo a campaña tañida.
A dar gracias partió ufano
como Arzobispo y Virrey. (A1v)⁷

Además de la organización del cortejo-procesión que integraba el desfile conmemorativo y de ciertos detalles relativos a su puesta en escena,⁸ la relación nos descubre algunas de las formas de ocupación espectacular del espacio público compuestas por luminarias nocturnas, decoraciones y ornamentaciones efímeras, y los toros como forma de pasatiempo y lucimiento entre la nobleza y de competencia entre los estratos populares. Una de las contribuciones al esplendor de la fiesta es, como se dijo, la iluminación nocturna, aspecto relacionado con el gusto barroco “por las formas efímeras de la fugacidad del fuego y de la alteración de los ritmos de luz y oscuridad, noche y día” (Díez Borque 17). Por ello, Ramírez Santibáñez insiste en precisar los contrastes entre luz y oscuridad al mismo tiempo que otorga un valor añadido a la iluminación por su carácter efímero:

Los balcones adornados
de cera a la noche ardieron
en Palacio, y extremados
todos lucidos se vieron
con aseos de encerados.
Por sagrado y por asilo
vieron todos que escogieron
las hachas con buen estilo
de quienes hacer supieron
los brillos cera y pabilo.⁹
Por las calles barallaban
las luminarias lucidas,

y cuando más se quemaban
parecían más queridas
porque entonces se abrasaban. (A1v)

Además de la iluminación, sobre las decoraciones efímeras que adornaban los lugares de paso del cortejo, la relación precisa los colores amarillo, rojo y azul como distintivos cromáticos para el adorno de las ventanas:

Las ventanas adornadas
a las dos mil maravillas
se vieron y de admiradas
se pusieron amarillas
unas, y otras coloradas
[.....]
mas las azules lucían
lindas entre éstas y esotras. (A4r)

Otra de las estrategias que forma parte de la exhibición¹⁰ que integra el espectáculo radica en los valores visuales del vestuario,¹¹ concretamente en el lujo ostentoso de las galas de nobles y damas quienes pasan a integrarse en el entramado festivo de decoración callejera:

Las azoteas se poblaron
de naciones importunas,
donde tantas se miraron
que se estorbaban, porque unas
con otras se embarazaron.
Con mil damas agraciadas
las calles vi en conclusión
y estaban muy apretadas
porque en tales días son
ellas las más ocupadas.
Las libreas con gallardía
en riqueza compitieron
con la misma bazarria,
pues por entero lucieron
los cabos aqúeste día. (A4r)

Y, a la par, los caballos que integraban el cortejo lucen especiales galas:

Con amorosa altivez
el lucimiento hermanaban
los feroces brutos, pues
los listones que arrastraban
eran todos de un jaez. (A4v)

Como parte de la fiesta, la relación recoge uno de los pasatiempos esenciales en los festejos de bienvenida a los virreyes, las corridas de toros. De ahí el valor documental añadido a la relación de Ramírez Santibáñez, puesto que hasta el momento no existía constancia de la lidia de toros en la entrada del conde de Paredes en 1680.¹² Sobre la incorporación de dicha costumbre a los festejos de bienvenida al virrey, Nicolás Rangel comenta lo siguiente:

Los toros que se lidiaban en las fiestas durante los dos primeros siglos coloniales, eran proporcionados por los que tenían rematadas las carnicerías de esta Capital. Desde 1535, fue costumbre festejar a los virreyes que llegaban, con tres días de Corridas; debiendo el obligado de las carnicerías, prevenir 100 toros buenos y encerrarlos en toriles diferentes, debiendo ser, precisamente, de las ganaderías de Peredo y de los Salcedos; costumbre añeja fue también que en las fiestas de septiembre hubiera dos toros embolados y que se diera un premio al que diera la mejor lanzada. Para estas fiestas se ponía un volador en medio de la Plaza Mayor y trompetas y atabales saludaban la entrada de las cuadrillas. El juego de cañas comenzó a verificarse en el año de 1537, en cuyo año dispuso el Ayuntamiento que se dieran a los que jugaran, toldillos de géneros de la tierra para libreas, sobrepasando en suntuosidad año por año, hasta llegar a ser verdaderamente regias estas diversiones, por lo rico de los ropajes que usaron los caballeros que en ellas tomaron parte. (8)

Dicha costumbre, instaurada a partir de 1535, se llevaba a cabo en la plaza del Volador,¹³ un coso efímero construido de forma anexa a la Plaza

Mayor y con un pasillo que iba del palacio virreinal hasta el palco. Antonio Rubial García comenta al respecto que

La principal atracción era el rejoneo que practicaba un caballero noble (casi siempre el conde de Santiago), aunque al final la muerte del toro se convertía en una carnicería pues todo el mundo desde las gradas bajaba a dar estocadas, por lo que eran comunes los heridos e incluso los muertos. (260)¹⁴

Sobre la función de rejoneador del conde de Santiago, la relación sólo nos la presenta en una quintilla como parte integrante del cortejo, aunque podemos imaginar que no habría de ser distinta en esta ocasión: “Con donairoso fervor, / siendo aún de su gala amago, / iba mostrando primor / el conde de Santiago, / Ilustre Corregidor” (A4v). Es interesante notar cómo el espectáculo taurino se integra en el marco de la etiqueta festiva y deviene uno de los pocos momentos en los que el protocolo de la fiesta se entrega a la espontaneidad popular. De ahí que los comentarios del relator se centren en las distintas acciones que los espectadores del vulgo acometen para embestir a los toros y muestren de forma explícita que los valores lúdicos—y, por tanto, la razón por la que se trata de acontecimientos merecedores de ser incluidos en la descripción de la fiesta—residen en las caídas que los indios y los mestizos sufren ante los virreyes. En este sentido, resultan muy sugerentes las dos últimas quintillas que incluimos en el Apéndice, pues el vulgo, es decir, las clases populares, se equipara con la grey:

En el aire con desgaire¹⁵
diestra aquesta pobre grey
daba gusto con donaire,
que en servicio de su Rey
parece anda por el aire.
Destrezas hubo esforzadas,
a quien es de mano doy
por no entender de estocadas
y porque también no estoy
para contar montanadas.

Según Claramunt, la destreza y afición de los indios americanos es

notable a lo largo de las descripciones de historiadores durante todo el siglo XVI: “vaquear, lazar, manganear, pealar y colear eran actividades muy comunes en el ámbito rural y debieron ser curioso espectáculo cuando se traían dichas suertes a la ciudad” (102). Claramunt también reproduce algunos casos significativos de las aspiraciones de indios y mulatos por convertirse en toreros:

uno de ellos causó admiración a los inquisidores, porque era capaz de aguardar a cuero limpio a los toros y en una especie de quiebro ponerles en los pitones dos naranjas. Se sabe que a un mestizo de apellido Rodríguez, el demonio le preguntó lo que más le gustaría aprender. Rodríguez, que había sellado el pacto diabólico con su sangre, respondió: el oficio de torero. Allí mismo, según el proceso, apareció un toro y un experto maestro en tauromaquia que dio lecciones al mestizo, una de las cuales era la de evitar los toros negros, porque solían llevar al demonio en los cuernos. (101)

Este tipo de rituales festivos en torno a la exaltación del poder establecido, a la par que se conciben como un complejo e ingenioso programa iconográfico y panegírico hacia la autoridad, permiten una significativa integración simbólica entre la arquitectura efímera construida para la ocasión y la permanente de la ciudad, al mismo tiempo que contemplan un espacio festivo en el que la función exhibicionista del cortejo se desplaza hacia otros espectáculos. Este desplazamiento del centro escénico de la celebración transforma a los principales actores del poder político y económico en ocasionales testigos de otras vías de exhibición festiva, en las que los protagonistas, invirtiendo sus papeles, pasan a ser los últimos sectores de la pirámide social y donde los valores que necesariamente imperan son los de la cultura y la fiesta popular. Esta incorporación de la desmesura y lo grotesco resulta sugerente en cuanto permite una nueva forma de integración del elogio al espectáculo, en esta ocasión protagonizada por el vulgo, el principal testigo y destinatario de los valores que sustentan la celebración. Es así que la fiesta, al mismo tiempo que permite, por oposición, reafirmar los valores del código caballeresco del que se apropia el discurso de las clases dirigentes,¹⁶ propicia la integración en la órbita de la oficialidad de cierto sustrato trasgresor, que legitima momentáneamente a las clases sociales más periféricas según el carnavalesco

lema del *mundo al revés* y las convierte en accidentales protagonistas de los fastos. Aparte la sobrecondición ideológica barroca, podríamos decir que se trata de una eclosión carnavalesca de *humor festivo*, es decir de un humor *popular, universal* (en cuanto engloba el mundo entero) y *ambivalente* (Bajtín 16-17). El pasatiempo taurino con el que las clases más populares acaparan puntualmente el protagonismo de la fiesta forma parte de una risa entendida como patrimonio popular, que permite percibir la realidad celebrativa desde una perspectiva jocosa. A tal efecto resultan ilustrativas las palabras del relator de una mascarada quijotesca celebrada en Barcelona en 1633: “*estylo es desta tierra tomar estos assuntos o otros semejantes con que, unido lo ridículo y lo grave, lo verdadero y lo apócrifo, forman una fiesta entretenida, alegre y grandiosa.*”¹⁷ La fiesta barroca debe unir, pues, lo ridículo y lo grave ya que sólo así podrá ser *entretenida, alegre y grandiosa*, es decir, de este modo ejercerá su función propagandística al involucrar a todos los estamentos participantes mediante el entretenimiento festivo.

APÉNDICE: FRAGMENTO SOBRE CORRIDAS DE TOROS.

Corriéronse toros que
a muchos amedrentaban,
con ira atemorizaban
y estando picados de
verse corridos bramaban.
El que a pie pretendía osado
aguardar el golpe, al ver
su furia estaba cuitado,
mas el toro le hacía ser
de encogido desgarrado.
Pero el que sin embarazos
valiente osaba esperarle,
pasaba dos mil fracasos,
pues veía que sin matarle
le hacía el toro mil pedazos.
Uno salió que al llamarle
se picó con un baquero,
al cual era bien dejarle
porque se picaba, pero
no hacían sino torearle.

Otro sin que a nadie inquiete
cobarde al principio fue,
luego al peligro se mete
furioso, que tanto le
hacen al buey, que arremete.
Unos el vulgo alteraban
con denuedo y furia cruel
de los baqueros temblaban,
con que sin amor por el
rejón se desatinaban.
Otros con rigor violento
de los rejones huían
y mostrando brioso aliento,
por entre el vulgo corrían
con notable rompimiento.
De los silbos los zumbidos
a éstos les daban cuidados
y acudiendo a los chillidos
siendo los más acosados
andaban más divertidos.
Uno se vio tan furioso,
que comenzando a bramar
miraba a todo lugar,
mostrándose tan rabioso
que le podían torear.
Mas ningún baquero osaba
aventurar su rejón,
que cualquiera le temblaba
aterrado, porque con
cualquiera se revolcaba.
En dos voladores dando
gusto a su Excelencia justo
había unos indios, mas cuando
aquestos no le dan gusto
a sus Virreyes volando.
En el aire con desgaire
diestra aquesta pobre grey
daba gusto con donaire,

que en servicio de su Rey
parece anda por el aire.
Destrezas hubo esforzadas,
a quien es de mano doy
por no entender de estocadas
y porque también no estoy
para contar montanadas. (A3r-A3v)

NOTAS

* Este trabajo forma parte de una investigación más amplia que se enmarca el proyecto “La imagen del poder en la corte virreinal (1665-1700),” subvencionado con una beca de investigación otorgada por CONACYT en la Convocatoria de Investigación Básica 2004.

1. Como apunta José María Díez Borque: “El cortejo-exhibición es una forma de ostentar el poder y preeminencia social para la nobleza y la realeza. Pero esto se articula—como muestran repetidamente las relaciones de fiesta—con mojigangas grotescas, cómicas, festivas, desde la de animales a la que incorpora un mundo marginal y apicarado, vinculadas a las mascaradas burlescas, en una compleja articulación de contrastes y complementariedad” (17).

2. Para el caso de la nobleza, uno de los artículos fundamentales que tratan sobre estas formas de divertimento nobiliario en el marco de la fiesta es el de Francisco López Estrada, “Fiestas y literatura.” Para el caso específico de la Nueva España, véase también Coello Ugalde.

3. José Ignacio Rubio Mañé comenta al respecto que antes de hacer su entrada solemne en la capital resolvió pasar a México, ver el Palacio de los Virreyes y más tarde trasladarse y tomar posesión. Después de visitar al Arzobispo el domingo 3 de noviembre, inspeccionó el Palacio y dio instrucciones para su traslado. Cuatro días después se mudó definitivamente a ese Palacio y reunida la Audiencia en Real Acuerdo ese día, jueves 7, hizo el juramento y tomó posesión. La entrada solemne se hizo el sábado 30 del mismo mes (I:155).

4. La relación de Ramírez Santibáñez lleva por título: *Pierica / narración / de la plausible pompa / con que entró en esta Imperial y No- / bilísima Ciudad de México / el Exmo. Señor / Conde de Paredes, Marqués / de la Laguna, Virrey Gobernador y Capitán / General de esta Nueva España, y Presidente de su real / Audiencia y Cancillería, que en ella reside. El día / 30 de noviembre de este año de 1680. / Que consagra obsequioso / al Señor / Don Luis Carrillo / de Medina y Guzmán, hijo segundo de los Señores Con- / des de la Rivera, Capitán de la Armada Real, Gobernador que fue de los bajeles que condujeron el socorro a los estados de / Flandes el año de 1666 y Capitán de la Guarda de Su / Excelencia, habiéndolo sido de los dos Señores / Excelentísimos sus antecesores.*

Manejamos el ejemplar depositado en la Benson Collection de la Biblioteca de Austin, Texas, y con la signatura GZ 972.02 P197 V. 3.

5. El título completo del texto que acompaña y explica el arco es *Teatro de virtudes políticas, que constituyen á un príncipe: advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano imperio, con cuyas efigies se hermosteó el arco triunfal, que la muy noble, imperial ciudad de México, erigió para el digno recibimiento en ella, del Excelentísimo Señor Virrey conde de Paredes, marqués de la Laguna*. Puede encontrarse una edición moderna en la “Biblioteca mexicana de escritores políticos” de la editorial Porrúa, México, 1986.

6. Ramírez Santibáñez comenta sobre el primero que “un arco bien levantado / la Ciudad sin interés aquí le tuvo formado, / que alabándole cortés / no dejó de estar aindiado” (B2r). La referencia bien podría interpretarse por la simbología indígena del arco o bien porque, como apuntan Antonio de Robles y Antonio Castro Leal, “se cayó un indio del arco de la ciudad y se medio murió” (*Diario de sucesos notables* 1: 291). A propósito del que ideó Sor Juana apunta que “la monte fue singular, / que el sabio numen dictó, / pues en el triunfo sin par / de Neptuno Dios del mar / un mar de triunfos copió” (B2r). Sobre dichos festejos, véanse, entre otros, los estudios de Georgina Sabat de Rivers y Sagrario López Poza.

7. Así lo confirman Robles y Castro Leal: “*Flota de España*.- Jueves 19, entró correo al amanecer, a las dos, con nueva flota de doce naos, con virrey el marqués de la Laguna con virreina; obispo de Cuenca el señor arzobispo y virrey de México: repicóse a las cuatro de la mañana; amarróse esta flota el domingo 15 de éste; vino gentilhombre, caballero del orden de Santiago” (*Diario* 1: 286).

8. No podemos ocuparnos en extenso de otras cuestiones, tales como la disposición de los órganos de poder asistentes al festejo, aunque la relación precisa que la Audiencia “dispuesta con gallardía, / sobre bridones ufanos / por el guión se seguía” (A2r). Dicho “guión” (A4v-B1r) estipulaba que el orden en el cortejo se dispusiera del siguiente modo: músicos tocando clarines y atabales, alguaciles, consulado, la real Universidad, la nobleza, los regidores, los alcaldes ordinarios, el Conde de Santiago, los tribunales, el capitán de la guardia, un joven que “en el guión traía / que de Júpiter tonante / la antigua sangre decía / y la devoción flamante” (B1r) y de “lacayos se siguió / mucha tropa, que lucidos / la vista los advirtió, / porque en sus ricos vestidos / el oro un verde se dio” (B1r). A continuación, seguían los Virreyes, acompañados de “mil hermosuras” (B1v) y “cuatro ejércitos galantes” (B1v), dirigidos por un Sargento Mayor que regía a cuatro capitanes que tendían “hermosas y arreboladas banderas” (B2r). Otro aspecto digno de mención es la descripción de Chapultepec como un “mexicano Aranjuez,” “cuya arquitectura es envidia del arte” (A2r). Del palacio se destacan los caños, “unos arqueados, otros firmes,” que por los costados envían a la ciudad “líquida plata como agua”; los dos patios de entrada; el “hermoso jardín” con “bellísimos escuadrones de rosas rojas” y una “caudalosa fuente” y un bosque de caza, que “a espaldas de este retiro se admira” (A2r-A2v). Sobre la decoración interior, se describe que “toda la casa adornada / tuvo con riqueza intensa / de telas bien matizada” y, además, “de brocados de riquezas / todas las salas se hallaron,” por lo que las “salas lucían / vistosamente colgadas.” Entre todas las estancias, destaca el oratorio pues “de los

espejos las caras / luces con dorados arcos / fueron nombradas por raras, / pues fueron sus lunas claras / y sus cercos fueron marcos” (A2v). Sobre la decoración interior, sobresalen “unos escritorios bellos”; las “alfombras que lucieron / por los salones sin par”; “los doceles arrimados”; los “cojines borlados” y dos camas, una llena de bordados y otra adornada de espejos que “por ser todos de acero / eran espejos de armar” y el mirador, que “se vio con raro primor / de países dando placer / a todos, que un mirador / es cosa de ver” (A3r). En este marco de opulencia, pues, no resulta extraño el comentario que cierra la descripción del palacio: “De ningún modo podré / los manjares describillos, / por ser tantos y porque, / siendo tantos, de ellos se / han hecho muchos platillos” (A3r).

9. Pabilo o pábilo: “Mecha que está en el centro de la vela” (Diccionario de la Real Academia de la lengua, RAE, consultado en línea).

10. En este marco de exhibición y homenaje que la ciudad brinda al nuevo virrey, éste desempeña también un papel activo en el espectáculo que se le ofrece, puesto que también debe mostrarse como parte integrante del desfile frente a la corte que le acoge. El relator incide en ello al afirmar que: “Con que sólo no resisto / al decir que con cuidado / fue su Excelencia aclamado, / siendo de todos bien visto, / como también bien mirado” (A3r).

11. Teresa Ferrer, al comentar la *Fastigia* de Tomé Pinheiro da Veiga, apunta que “las descripciones que aportan este tipo de relaciones, muy idealizantes en lo que se refiere a la descripción de festejos, y exageradas en los términos en que expresan la destreza y valor de los caballeros en los juegos ecuestres o la belleza y habilidad de las damas en la ejecución de danzas, máscaras o representaciones, pero muy precisas y minuciosas en cuanto a la descripción de vestuario. Es este afán de precisión y exhaustividad en la descripción de trajes y adornos que convierte estas relaciones en interesante material de investigación para la reconstrucción del vestuario teatral, cuando el centro de atención de la crónica social es un espectáculo teatral o una comedia” (75).

12. Robles y Castro Leal no recogen ninguna noticia sobre ello en su *Diario* y, como afirma Rangel, en su *Historia del toreo en México. Época colonial (1529-1821)*: “El conde de Paredes llegó en octubre de 1680 a ocupar el virreinato en lugar del Arzobispo Don Fray Payo; y como a su arribo estaba enfermo de la orina y hubo necesidad de sangrarlo, se dilató su entrada solemne a esta ciudad. Cuando tal hizo, no hubo corridas de toros como en las anteriores recepciones. Por lo menos, no se encuentran consignadas en los Diarios de esa época. Hasta fines del año siguiente es cuando se tienen noticias de que, el 9 de diciembre empezaron los toros en el Volador” (98). Por este motivo reproducimos como apéndice el fragmento de la relación sobre el festejo taurino.

13. “Por primera vez las Corridas de Toros y Juegos de cañas se verificaron en la Plazuela del Volador el año de 1586. El Toril se construyó en la esquina de las Calles de la Universidad y Acequia” (Rangel 27).

14. Véanse, entre otros, Benjamin Flores, *La ciudad y la fiesta. Tres siglos y medio de tauromaquia en México*. Fernando Claramunt comenta sobre la raigambre del toreo como espectáculo popular que “el pueblo llano aprendió a medirse con los astados. El coleo y el jaripeo nacieron de la entraña más popular de México. Era un toreo paralelo, con más savia y fuerza del que pudieran lucir en sus cor-

tesías los caballeros de más alta alcurnia de la ciudad” (vol. 1,100). Desde otro ámbito, sabemos también que la Real y Pontificia Universidad organizó corridas a partir de 1653, cuando a imitación de la salmantina, acordó celebrar la fiesta de la Purísima Concepción. De igual modo, las prohibiciones eclesiásticas en torno al espectáculo se agudizaron a lo largo del XVI y del XVII, pero la recepción a los virreyes continuó realizándose con corridas de toros, lanzas y cañas. En 1680 ya se habían formado en México cuadrillas de toreros a pie que alternaban con los caballeros.

15. Desgaire: “Desaliño, desaire en el manejo del cuerpo y en las acciones, que regularmente suele ser afectado” (Diccionario de la Real Academia de la lengua, RAE, consultado en línea).

16. Son significativas en este sentido las valoraciones que a lo largo de toda la relación va insertando Ramírez Santibáñez cuando se ocupa de señalar que toda la ostentación que demuestra el cortejo en sus habilidades caballerescas debe leerse en clave de lealtad hacia el nuevo virrey. Por ejemplo, dirá que “la nobleza con esmeros / galanamente advertí / sobre caballos ligeros / como bizarros, y así / iban todos caballeros” o que los tribunales “lucidos / con galante lucimiento / sobre bridones erguidos / de su afecto conducidos / iban con su seguimiento” (A4v). La sentencia es explícita cuando juzga que “con amoroso cuidado / la ciudad, según sospecho, / le tuvo aquí regalado / tanto, que juzgo ha quedado / de su lealtad satisfecho” (A3r).

17. La relación fue inicialmente publicada por Juan Givanel Mas. Citamos a partir de López Estrada (305).

OBRAS CITADAS

- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid, Alianza, 1990.
- Claramunt, Fernando. *Historia ilustrada de la tauromaquia (Aproximación a una pasión ibérica)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- Coello Ugalde, Francisco José. “Relación de juegos de cañas, que fueron cosas muy de ver. Aquí se consignan los más curiosos e importantes habidos desde 1517 hasta 1815 en Nueva España.” *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* 1 (1987): 252-307.
- Díez Borque, José María. “Fiesta y teatro en la Corte de los Austrias.” *Barroco español y austriaco: Fiesta y Teatro en la Corte. Catálogo de la Exposición del mismo título celebrada en el Museo Municipal de Madrid en abril-junio 1994*. Ed. J. M. Díez Borque y K. F. Rudolf. Madrid: Museo Municipal, 1994. 15-31.
- Ferrer, Teresa. “Vestuario teatral y espectáculo cortesano en el Siglo de Oro.” *El vestuario en el teatro español del Siglo de Oro. Cuadernos de Teatro Clásico* 13-14 (2000): 63-84.
- Flores, Benjamín. *La ciudad y la fiesta. Tres siglos y medio de tauromaquia en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986.

- Givanel Mas, Juan. "Una mascarada quixotesca celebrada a Barcelona." *Bulleti de l'Ateneu* 3 (1915): 127-51.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar. "Las fiestas novohispanas: espectáculo y ejemplo." *Mexican Studies* 9.1 (1993): 19-45.
- López Estrada, Francisco. "Fiestas y literatura en los Siglos de Oro: la Edad Media como asunto festivo." *Bulletin Hispanique* 84 (1982): 291-327.
- López Poza, Sagrario. "La erudición de Sor Juana en su *Neptuno alegórico*." *La Perinola* 7 (2003): 241-70.
- Ramírez Santibáñez, Juan Antonio. *Pierica / narración/ de la plausible pompa / con que entró en esta Imperial y No- / bilísima Ciudad de México / el Exmo. Señor / Conde de Paredes, Marqués/ de la Laguna, Virrey Gobernador y Capitán / General de esta Nueva España, y Presidente de su real / Audiencia y Cancillería, que en ella reside. El día/ 30 de noviembre de este año de 1680. / Que consagra obsequioso / al Señor / Don Luis Carrillo / de Medina y Guzmán, hijo segundo de los Señores Con- / des de la Rivera, Capitán de la Armada Real, Gobernador que fue de los bajeles que condujeron el socorro a los estados de / Flandes el año de 1666 y Capitán de la Guarda de Su / Excelencia, habiéndolo sido de los dos Señores / Excelentísimos sus antecesores*. México: Francisco Rodríguez Lupercio, 1680.
- Rangel, Nicolás. *Historia del toreo en México. Época colonial (1529-1821)*. México: Imp. Manuel León Sánchez, 1924.
- Robles, Antonio de, y Antonio Castro Leal. *Diario de sucesos notables (1665-1703)*. 3 vols. México, Editorial Porrúa, 1946.
- Rubial García, Antonio "Del teatro de maravillas a universidad de pícaros. La Plaza Mayor en las crónicas virreinales." *Plazas Mayores de México: Arte y Luz*. Ed. Alejandro Maurer et al. México: Grupo Financiero BBVA Bancomer, 2002. 249-78.
- Rubio Mañé, José Ignacio. *El Virreinato. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes* (I). México: Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM y FCE, 1983.
- Sabat de Rivers, Georgina. "El *Neptuno* de Sor Juana: fiesta barroca y programa político." *University of Dayton Review* 16.2 (1983): 63-73.